
LA FE Y EL FUTURO: A MODO DE PRÓLOGO

Martin Gardner

INTRODUCCIÓN

Domingo Melero

M. Gardner colocó, al final de un libro de casi cuatrocientas páginas, un capítulo al que definió como su prólogo y que es de donde tomamos unas páginas. De forma simétricamente inversa, esta presentación, aunque se edite delante, igual podría aparecer detrás.

1. Nuestro autor nació en Tulsa, Oklahoma en 1914 y estudió filosofía y matemáticas en Chicago. Es —según dice la contraportada del libro del que tomamos este texto— “tal vez, uno de los científicos consagrados que más libros ha escrito sobre ciencia y matemáticas” (más de treinta y cinco). Además de múltiples colaboraciones en revistas filosóficas y científicas, fue autor de una novela, *El vuelo de Peter Fromm*, y de una famosa edición anotada de *Alicia en el país de las maravillas*. Pero lo que le dio más renombre fue su “casi mítica” colaboración, en la revista mensual *Scientific American*, titulada «Juegos matemáticos», desde 1957 a 1982. Por una consulta en Internet hemos sabido además que está casado, que tiene dos hijos y que su afición principal es la prestidigitación, la magia. En 1996 le concedieron el Premio anual de la American Physical Society por su ingente labor en la iniciación al pensamiento científico, matemático y lógico, así como por su contribución al desvelamiento de los disparates pseudo y anticientíficos.

Las páginas que publicamos son la primera parte y los dos últimos párrafos del capítulo último de *Los porqués de un escriba filósofo* (1).

(1)

(1) La edición inglesa de este libro es de 1983 y se tradujo al español en Barcelona, en 1989, por Tusquets Editores. Las páginas que publicamos corresponden a las pp. 365-377. La cita del final de nuestro estudio está en las pp. 384-5.

Como dice su autor en la única frase de su Introducción: “Este es un libro de ensayos sobre lo que creo y por qué”. Pasados los setenta años de su edad, Gardner expone, en este extenso y polémico libro, sus opiniones sobre algunos de los grandes interrogantes del hombre. Merece la pena leer el índice:

El mundo: por qué no soy solipsista. La verdad: por qué no soy pragmata. La Ciencia: por qué no soy paranormalista. La Belleza y la Bondad: por qué no soy relativista ni estético ni ético. El libre albedrío: por qué no soy ni determinista ni indeterminista. El Estado: por qué no soy ni anarquista ni smithiano. La libertad: por qué no soy marxista. Los Dioses, El Todo, Las Demostraciones: por qué no soy politeísta ni panteísta y no creo que se pueda demostrar la existencia de Dios. La Fe: por qué no soy ateo. La plegaria: por qué no la considero absurda. El Mal: ¿Por qué? ¿Por qué no sabemos por qué? La Inmortalidad: por qué no me conformo, no me extraña y no la considero imposible. La Sorpresa: por qué no puedo dar el mundo por supuesto. La Fe y el futuro: a modo de prólogo.

A lo largo de estos ensayos, Martin Gardner se define como realista, escéptico, socialdemócrata, fideísta, abierto a la plegaria, inquieto ante el mal, creyente en la inmortalidad y, en definitiva, se considera a sí mismo “teísta filósofo”, postura que mantiene al margen de cualquier tradición religiosa específica. Con su confesión de teísmo, Martin Gardner se contrapone a muchos pensadores (incluidos algunos de los que más admira, sobre todo dentro del ámbito propio, el anglosajón, desde Hume a H.G. Wells y B. Russell) y, en cambio, se alinea explícitamente, a su manera, en la estela espiritual de autores occidentales como Platón, Pascal, Kant, Bayle, Peirce, James y Unamuno ⁽²⁾.

2. Gardner se expresa, a lo largo del libro, con habilidad, humor y sabiduría, pero también en un tono polémico y desenfadado, paradjico y discutidor, como G. K. Chesterton, al que admira —pese a no ser él católico—, igual que admira —como ya hemos dicho— a H. G. Wells pese a no compartir tampoco su ateísmo. Wells y

⁽²⁾ Es sorprendente y grato, por cierto, constatar tanto el buen conocimiento como la importancia que concede a Unamuno este matemático americano.

Chesterton, en el primer tercio del siglo (tercio de choque entre ciencia y religión), representan, para Gardner, los modelos entre los que sitúa su propia posición.

Se puede decir que Gardner recoge la antorcha de esos dos autores cuando, a partir de los años cincuenta, polemiza frente a la proliferación, en Norteamérica, de sectas o bien fundamentalistas anti-científicas o bien concordistas entre ciencia y religión. Gardner, en sus publicaciones y colaboraciones periódicas, se implicó, pues, en la discusión concreta de los equívocos populares entre ciencia y religión. Y, en ese sentido, defendió tanto la autonomía y el buen sentido de la razón como el derecho a la existencia de lo propiamente religioso. Defensa —tanto de una cosa como de otra— que igualmente emprende ante el pensamiento limitado por el positivismo.

El tono del libro también se descubre en estas páginas que publicamos. Y puede que ese tono suscite una cierta “extrañeza” inicial, y que favorezca la impresión de que el texto es, a veces, poco matizado, superficial incluso, y con demasiada “sal gruesa”. De hecho, estas páginas no son como la mayoría de los textos que hemos publicado hasta ahora.

Sin embargo, esa extrañeza inicial no sólo es superable sino que es, además, saludable pues este texto, por su propio desenfado, puede ayudar a detectar puntos interesantes para un autoexamen. Decimos esto, sobre todo, pensando en algunas de sus opiniones sobre el cristianismo o, también, sobre la presencia actual de elementos orientales en nuestra cultura.

Por otra parte, para explicar el tono de Gardner, no se debe olvidar que, además de ser americano, había sido columnista habitual en una importante revista de divulgación científica y que, por tanto, debía de haber comprobado que la información de materias abstrusas llegaba mejor si se compaginaba con la amenidad e incluso con el desenfado y hasta con un punto de iconoclastia. Lo cual no impide que, en ocasiones, entre líneas, aparezca otro tono, más directo y personal, y francamente emocionante.

3. A pesar, por tanto, de la extrañeza, y precisamente por la mezcla de humor y de testimonio, nos hemos decidido a publicar estas

páginas dentro de nuestra diáspora. Sin embargo, para explicar un poco más —plagiando al autor— los porqués de nuestra decisión, quisiéramos subrayar cuatro aspectos.

En primer lugar, como acabamos de indicar, estas páginas son una reflexión en abierto, en público, sobre las propias creencias, al final de la vida. Son “mis confesiones”, dirá él en algún momento. Y en otro se preguntará: “¿Por qué he escrito este libro? En parte, naturalmente, para clasificar y poner por escrito mis propias creencias, y así descubrir, mientras se acerca el fin de mis días, qué creo yo verdaderamente”. Como decía Légaut en alguna ocasión, no es bueno el libro que uno no escribe primero para uno mismo, sobre todo tratándose de estas cuestiones.

En segundo lugar, Gardner, al exponer sus “creencias”, lo hace teniendo en cuenta los diferentes grupos o tipos humanos con los que se ha ido encontrando. Y eso es algo que nos pasa a todos. Porque, por más personal que sea la postura última de cada cual, si ésta no queda en el ámbito meramente privado e “incógnito”, siempre ha de padecer un mínimo inevitable de etiquetación social. De algún modo, inevitablemente, los otros nos clasifican y nosotros también los clasificamos.

Y convivir bien con este hecho no es fácil pues comporta un efecto emotivo. La etiquetación nos suele dejar insatisfechos en un sentido primeramente intelectual porque o bien uno no se siente completamente identificado con la etiqueta que se le asigna o bien, más a fondo, se siente “bicho raro” (“sauvage”) por no encajar en ninguna. Es lo que Gardner mismo cuenta que le pasó con una chica durante la Segunda Guerra Mundial.

Pero, por otra parte, esa etiquetación también nos podría dejar insatisfechos en un sentido moral, aunque esto es menos frecuentemente, lo cual no deja de ser curioso: nunca uno es del todo lo que se le atribuye ser porque ¡qué más quisiéramos que ser de veras cristianos, o teístas, o ateos, sin rastro ni contaminación de lo que, para cada uno, es “superstición” o inautenticidad!

Precisamente en este último sentido, Légaut consideraba que asumir una definición, maduramente, era importante. Los jóvenes del grupo

“tala” (“tala” viene de la calificación de “ceux-qui-vont-à-la messe”), en el medio laicista de la Universidad francesa de los años veinte, conocieron una clasificación y etiquetación. Pero lo importante es que de ahí surgió la pregunta posterior del adulto que Légaut planteaba años después entre sus compañeros: por qué y en qué sentido sigue siendo uno lo que ha sido hasta entonces. Esa pregunta le parecía capital y, por ello, muchas veces apostillaba que los cristianos frecuentemente o no iban más allá de un teísmo de terminología cristiana o se quedaban más acá, en un implícito ateísmo práctico.

El tercer punto por el que nos parece interesante publicar estas páginas de Gardner es porque su postura de “teísmo filosófico” puede suscitar una saludable simpatía. Una simpatía que, por cierto, seguro que inquietaría a más de un “pastor” cristiano de nuestro entorno, por muy abierto que inicialmente fuese. Siempre está a punto de saltar en el “pastor” el tic, el resorte del que, sobre todo, teme la verdad que encierran las “malas” influencias para su “rebaño”. La “vigilancia”, intrínseca en la imagen y en la función del “pastor”, implica, casi irremediablemente, una desconfianza, casi por definición, en la madurez de sus “ovejas”.

Si formulo esta observación es para dejar claro qué distinto es nuestro espíritu que, precisamente, estima todo lo que inquieta. Y la postura de Gardner es inquietante por simpática. Su teísmo es simpático. Y se dirige a un grupo (“nosotros los teístas filosóficos”) que se codea con otros y que se ignora a sí mismo, y que —añadimos— seguro que está en la zona de eso que hemos llamado “diáspora”.⁽³⁾

El cuarto y último punto por el que nos parece interesante publicar a Gardner es escuchar cómo ve, desde su postura, a las restantes, sobre todo, las presentes en la sociedad americana (mucho más variada que la nuestra), aunque también las que ve desde su perspectiva. Por un lado, Gardner menciona las diversas posturas de adscripción cristiana. Y, así, en estas páginas, habla de “cristianos liberales”, “protestantismo liberal”, “católicos radicales”, “modernistas católicos”, “católicos conservadores”, “protestantes evangélicos”.

⁽³⁾ Gardner llama a su postura “teísmo filósofo” o “filosófico” o teísmo moral o “teísmo de incógnito”.

cos”, “cristianos conservadores” u “ortodoxos” y “protestantismo fundamentalista”. Por otro lado, Gardner también menciona a los “ateos” y a los “panteístas” (aparte de mencionar a las otras religiones monoteístas cuando le interesa para su argumentación o cuando menciona las corrientes orientalistas que actualmente se dan en las sociedades occidentales). Entre los “panteístas”, él tiene en cuenta, sobre todo, a los científicos de tipo spinozista. Ateísmo y panteísmo son las dos posturas, ante lo religioso, más frecuentes en la gente influida por la ciencia y sus perspectivas. Por último, Gardner observa que, algunos de esos ateos o panteístas, para mayor confusión en el esclarecimiento de la situación real, pueden estar entre los que “exteriormente” se adhieren y practican un culto y una confesión determinados. Así como también observa que puede haber “ateos de nombre” que sean “parientes próximos” de los “teístas de incógnito” como él.

Es cierto que, al hacer este repaso, Gardner dirime arduas cuestiones en un par de líneas. Y es comprensible que esa forma expeditiva suya pueda disgustar. Sin embargo, si ésa fuese la reacción de alguno, frente a lo que dice, por ejemplo, del cristianismo o de las religiones orientales, nuestra respuesta sería desear que se fijase más, como dice el propio Gardner, no en la paja en el ojo ajeno sino en la viga del propio (aparte de que esa rapidez suya se explica mejor si se considera que estamos al final de un libro de casi cuatrocientas páginas). En este sentido, son interesantes sus observaciones sobre cómo puede ser visto lo católico y lo cristiano por los hombres de calidad de otras religiones si éstos nos mirasen a nosotros bajo el mismo prisma con que nosotros los enjuicamos a ellos.

Así es como nos parece que hay que tomar lo que dice —con denominación acertada— sobre la “superstición de la voz” y “del dedo”. Y, por ello, es interesante que hable a la vez de católicos ortodoxos y de musulmanes o judíos ortodoxos; o que alinee a los “católicos romanos” con los “mormones”, “adventistas del séptimo día”, “secta Moon”, “Christian Science” y “los Scientologists”. ¿No temía Légaut que el catolicismo de los años venideros se quedase reducido a mera secta, por más numerosa que todavía fuera?

4. Sólo después de este cuarto punto, es útil observar las pequeñas pero significativas contradicciones del propio texto. Por ejemplo, en

lo que dice de Jesús. Una vez, al principio, habla de algo que no puede aceptar de él. Sin duda es algo que requeriría muchas matizaciones, pero no deja de ser interesante su observación pues, si Jesús estuviese entre nosotros, nos resultaría extraordinariamente extraño tal como se nos presentaría, inmerso en su “universo mental” de entonces. Por otra parte, en otro momento habla a su favor diferenciándolo del —digamos— cristianismo real (por ejemplo, cuando menciona “lo que Jesús probablemente enseñó”).

Su postura incluye, pues, pese a profetizar la paulatina extinción del cristianismo, una gran simpatía por el personaje de Jesús, además de una creencia en un Dios personal que implica un sentido ético-religioso del perdón y de la plegaria y una apertura respecto de la vida otra y más allá. En ese sentido, Gardner (de procedencia protestante, metodista) se reconoce como con fe, como creyente y, sin embargo, no es cristiano. Ahora bien, por otra parte, tampoco le va la tendencia actual de cambiar de tradición. Y, en ese sentido, también es interesante la invitación que hace a los “aficionados a las religiones orientales” para que prueben y experimenten la oración a un Dios personal, quintaesencia común de las antiguas tradiciones religiosas occidentales que —para él— todavía tiene sentido.

Es que, probablemente, lo que Gardner plantea no es sólo una postura definida frente a otras sino también como un fondo que él consideraría común entre posturas afines. Eso explicaría ese punto de indefinición suyo o sus pequeñas contradicciones. Gardner, en ese sentido, acaba su libro haciendo un bellísimo elogio del color “gris”, cuya “mayor grandeza” expone citando de nuevo a Chesterton. A ese final me remito. ¿Cómo sustraerse al deseo de publicarlo?

LA FE Y EL FUTURO: A MODO DE PRÓLOGO

[FRAGMENTO]

Mr. Coleridge solía insistir muy a menudo en la diferencia entre la creencia y fe. Cierta vez me dijo muy en serio que, si en aquel momento le convencieran de que el Nuevo Testamento era una falsificación de principio a fin —y ésta era una convicción de cuya posibilidad no podía él hacerse cargo—, por grande que fuera la desolación que sentiría, no disminuiría ni un ápice su fe en el poder y la misericordia de Dios por alguna manifestación de su ser hacia el hombre, ya sea en el pasado, en el futuro, o en los abismos ocultos en los que no hay tiempo ni espacio.

H.N. Coleridge, en
Ejemplos de conversaciones de sobremesa de S. T. Coleridge

Yo soy una de esas personas a las que les pasa eso que Samuel Taylor Coleridge no podía imaginar que le pudiera pasar a él. Aunque no pienso que el Nuevo Testamento sea una falsificación, sí creo que lo es en el sentido de que relata de un modo brutalmente inexacto los hechos de la vida de Jesús. Tanto por motivos racionales como empíricos, que David Hume sintetizó muy bien en su ensayo sobre los milagros, no puedo creer, por ejemplo, que Jesús no tuviera un padre humano. Suponiendo que los relatos evangélicos de su nacimiento estén parcialmente basados en hechos reales, me es más fácil creer que Jesús fue un hijo ilegítimo de María, y que José tenía toda la razón del mundo al pensar esto cuando se enteró de que su joven esposa estaba embarazada. Eso explicaría por qué José desaparece de la narrativa de un modo tan drástico. No hay motivos para pensar

que Jesús hubiera oído hablar alguna vez de la doctrina bíblica del nacimiento virginal, o de las doctrinas no bíblicas de la inmaculada concepción y la virginidad eterna de su madre. El silencio de san Pablo sobre las tres doctrinas hace pensar que él tampoco había oído hablar de ellas.

Por razones parecidas tampoco puedo creer que Jesús resucitara de entre los muertos, o que después de su muerte “los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos que habían muerto resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros después de la resurrección de Jesús, vinieron a la ciudad santa, y se aparecieron a muchos” (*Mateo 27, 52-53*). Tampoco me creo que (como se cuenta sólo en el evangelio de Juan) Jesús resucitara a su querido amigo Lázaro, el hermano de Marta y María, después de haber estado muerto tantos días que, como dijo claramente Marta, “apestaba”. (Estoy de acuerdo con Spinoza, o con lo que dice Pierre Bayle que dijo Spinoza, en que, si creyera que esta leyenda es cierta, me convertiría inmediatamente al cristianismo). Tampoco puedo creer que Jesús resucitara a la hija de Jairo o al único hijo de la viuda de Naím.

No puedo creer tampoco que cuando Pedro le dijo al cadáver de Tabitá, que había muerto en Joppe: “Tabitá, levántate”, ésta abriera los ojos y se sentara, como se cuenta en los *Hechos 9, 40*. Parece que hay dudas de si Pablo hizo un milagro parecido, según se cuenta en el capítulo vigésimo de los *Hechos*. Pablo había estado predicando un largo sermón en un cenáculo iluminado por muchas lámparas, y un joven llamado Eutico se durmió y se cayó del tercer piso. Le “levantaron muerto”, pero Pablo le abrazó y volvió en sí. Supongo que no he de recordar a nadie que los textos sagrados de otras grandes religiones abundan también en relatos de resurrecciones milagrosas, y que los creyentes descartan indefectiblemente todas esas leyendas a excepción de las de su propia tradición.

Menos aún puedo creer que el dios encarnado se hubiera rebajado a embustes mágicos divertidos como la conversión del agua en

vino, la multiplicación de los panes y los peces, andar sobre las aguas, o hacer que se marchitara una higuera porque no daba fruto, aun a sabiendas (como se nos dice) de que no era tiempo de higos. No me creo que Jesús ordenara a una legión de diablos abandonar el cuerpo de un poseso (o dos si hay que hacer caso a Mateo) para meterse en una piara de dos mil cerdos, que inmediatamente se acercaron al mar y se ahogaron. Como comentó Bertrand Russell en cierta ocasión, esto hubiera sido una mala pasada par los cerdos. Este es el tipo de milagros que ningún cristiano inteligente creería si se los encontrara en el Corán.

Pero un cristiano liberal podría replicarme que no hace falta creer todos estos absurdos. Quitémosle mitología a la Biblia, limpiémosla de superstición y dejemos sólo la doctrina central de que Jesús era Dios hecho hombre, bajado de los cielos para redimirnos de nuestros pecados. No pretendo con esto convencer a nadie de que abandone el cristianismo, por lo tanto seré breve y sólo citaré dos de las muchas razones que tengo para no aceptar la Encarnación.

La primera, que ya he explicado largamente anteriormente, es que en mi opinión la doctrina del castigo eterno en el infierno es una blasfemia, y no hay la menor duda de que Jesús, el Jesús que pintan los evangelios, creía en ella y la predicaba. Se trataba, por supuesto, de una doctrina que formaba parte de la cultura en la que creció, y alguien podría argumentar que, al ser verdaderamente un hombre, no habría podido escapar de sus herencias culturales. De acuerdo. De un Jesús humano, que vivió en un lugar y una época concretos, habría que esperar que creyera en el infierno, al igual que habría que esperar que creyera que la tierra era plana, que Adán fue hecho de barro o que Eva fue hecha de una costilla de Adán. No me extraña, como se nos cuenta, que Jesús creyera ciertos los relatos del Antiguo Testamento, incluido el Diluvio Universal y el parto de Jonás del vientre de una ballena. Pero, en un tema tan fundamental para la fe como es el destino de los condenados, yo esperarí que un Dios encarnado estuviera por encima de su cultura.

Jesús habló en cierta ocasión de ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio. Es fácil ver pajas en los textos sagrados de otras culturas, pues, como no estamos acostumbrados a los mitos ajenos, su tosquedad salta enseguida a la vista. No es fácil, sin embargo, reconocer las vigas de los textos sagrados que le han enseñado a uno desde la infancia. Las doctrinas y leyendas exóticas siempre parecen divertidas, del mismo modo que también encontramos raro y divertido el dedo gordo del pie de otra persona. A un musulmán devoto que, doy fe de ello, es tan fervoroso en su dedicación a Dios como puedan serlo Billy Graham o el papa, la sola idea de que Dios tenga un hijo le resulta demasiado aberrante para ser considerada. Curiosamente, el Corán defiende que Jesús nació de una virgen como el Mesías prometido de los judíos, pero también dice: “Dios no tuvo ningún hijo unigénico” y “Lejos de Su gloria estaría que Él hubiera de tener un hijo”. Para los musulmanes, la Expiación, la idea de que Dios necesitara del sacrificio cruento de su propio hijo para perdonar el pecado de Adán, es una doctrina abominable.

La segunda razón que me impide creer que Jesús fuera Dios es que se equivocó claramente en lo que respecta al tiempo de su Segundo Advenimiento. Estoy al tanto de cómo los teólogos del pasado, así como los cultos adventistas de hoy, se las arreglan astutamente para evitar el sentido claro de las palabras de Jesús según fueron recogidas por los evangelios. Dijo explícitamente que volvería en el tiempo de su propia generación (*Mateo*, 24, 34; *Marcos*, 13, 30; *Lucas*, 21, 32), y que “En verdad os digo que hay aquí algunos que no han de morir antes de que vean al Hijo del hombre aparecer en su reino” (*Mateo*, 16, 28; *Marcos*, 9, 1; *Lucas*, 9, 27). Como dejó bien sentado Albert Schweitzer en *La indagación sobre el Jesús histórico*, no hay el menor motivo para dudar de que Jesús creía eso, y también sus apóstoles y la comunidad cristiana primitiva. En su ensayo “La Última Noche de la Palabra”, del libro que lleva el mismo título, C.S. Lewis hace todo lo que puede para evitar las consecuencias embarazosas del error de Jesús. (Hasta cierto punto el crecimiento inicial del

cristianismo fue una consecuencia de este error.) Los argumentos de Lewis no me bastan como justificación. Sin embargo, estoy de acuerdo con él en que es “imposible conservar en una forma reconocible nuestra creencia en la Divinidad de Cristo y la verdad de la Revelación cristiana, y al mismo tiempo desechar, u olvidar sistemáticamente, el Regreso prometido, y amenazado”.

Al final del *Evangelio de Juan* hay una escena notable. Después de hablar de la proximidad de su muerte, Jesús dijo a Pedro: “Sígueme”. Pedro se volvió y vio que Juan les seguía también. Como Juan era, como nos cuenta él mismo en su evangelio, el discípulo predilecto de Jesús, es natural que Pedro preguntara: “Señor, ¿y éste qué?” A lo que Jesús contestó enigmáticamente: “Si yo quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme”. “Y de aquí se originó la voz que corrió entre los hermanos de que este discípulo no moriría. Mas no lo dijo Jesús: No morirá, sino: Si yo quiero que así quede hasta mi venida, ¿a ti qué?” (*Juan*, 21, 23).

Este episodio originó dos leyendas del cristianismo primitivo que, aunque fueron olvidadas hace mucho tiempo, en su época tuvieron una aceptación general. Una de ellas fue que Juan ascendió al cielo y la otra que Juan fue enterrado en Éfeso en un estado de animación suspendida, en el que su corazón seguía latiendo débilmente, y en este estado esperaba el regreso de su Señor. Ambas leyendas fueron eclipsadas por otra más dramática, la del Judío Errante, que cumplía el mismo objetivo de un modo más pintoresco para evitar tener que aceptar que Jesús se había equivocado acerca del programa de su Padre.

Gracias al protestantismo liberal y a un mayor sentido crítico, ha habido esfuerzos denodados por quitarle mitología a la Biblia, conservando, al mismo tiempo, el núcleo central de doctrinas que distinguen el cristianismo de otras Revelaciones y de los teísmos filosóficos. En mi novela *The Flight of Peter Fromm*, intenté explicar por qué me parece más honesto decir que uno no es cristiano que seguir lla-

mándoselo después de dejar de creer en la historicidad de esos mitos que sirven de base a las doctrinas centrales de la Iglesia. En este aspecto, estoy completamente de acuerdo con G.K. Chesterton, con C.S.Lewis, con el papa, con los católicos conservadores y con los protestantes evangélicos.

También creo, naturalmente —y éste es el tema principal de este libro— que uno puede abandonar una religión tradicional como el cristianismo sin necesidad de prescindir de la fe en un Dios personal o en la otra vida. Y creo, en verdad, que una fe así, libre de dogmas extraños, se aproxima más a lo que Jesús probablemente enseñó que lo que indican los documentos del *Nuevo Testamento*. Muchas de las enseñanzas de Pablo habrían asombrado a Jesús, y, del mismo modo, Pablo se habría quedado estupefacto ante muchos de los mitos que entraron a formar parte de los Evangelios. Y, seguramente, tanto el uno como el otro se habrían desconcertado —y hasta escandalizado— por la mayoría de doctrinas que luego inventó la Iglesia Católica.

Al cómico Lenny Bruce le gustaba manifestar el placer que le producía ver que tanta gente “dejaba la Iglesia y se volvía a Dios”. No lo encuentro una impiedad. Creo, sin ánimo de ser irreverente, que, si Jesús volviera, no sería cristiano. Me parece que los cristianos conservadores cometen continuamente el pecado de soberbia al aprender lo menos posible de lo que la ciencia moderna, o la revisión crítica de la Biblia, pueden enseñarles. En cierta ocasión, le preguntaron a William James si aceptaba la Biblia como autoridad en cuestiones religiosas. Y contestó: “No. No. Y no. Es un libro tan humano que no entiendo cómo la creencia en su autoría divina puede resistir la primera lectura”. De entre aquellos de mis amigos que van a iglesias conservadoras, tanto católicas como protestantes, no sé de ninguno que haya considerado interesante leer la Biblia desde “En el principio...” hasta la penúltima frase: “Amén. ¡Ven, Señor Jesús!”.

Otra de las tesis principales de este libro mío es que se puede ser teísta, con todo lo que entraña la fe en un Dios personal, y al mismo

tiempo tener el mayor respeto por la ciencia y la razón, o, por decirlo de otro modo, estando tan libre de superstición como sea posible. Cualquier teísta filosófico del tipo que se defiende aquí podría leer la gran obra de Andrew Dickson White, *La historia de la guerra entre la Ciencia y la Teología en el Cristianismo*, sin que su fe quedara afectada en lo más mínimo por las increíbles revelaciones de White. No puedo imaginarme a un cristiano conservador que lea esa obra y se quede tan tranquilo.

Permítaseme subrayar lo que quiero decir considerando el caso de dos escritores famosos de la Inglaterra eduardiana que fueron amigos a pesar de que siempre discreparon en muchas cosas. Me refiero a H.G. Wells y a G.K. Chesterton. Para los críticos, hace tiempo que ambos han pasado de moda, sin embargo sus libros se siguen leyendo con interés y ambos tienen todavía partidarios muy fieles. De todos modos, en mi opinión, cada uno de ellos tenía grandes méritos de los que el otro carecía, hasta el punto de que he llegado a considerarlos como símbolos de dos actitudes aparentemente irreconciliables.

Chesterton combinaba una intensa fe en un Dios personal y en la otra vida con una gran cantidad de conocimientos de literatura y de arte, pero era un redomado ignorante en lo que atañe a cuestiones científicas. Escribió cosas admirables sobre la fe en general, o sobre Dickens, Stevenson, Browning o Chaucer. Pero dondequiera que tratara de ciencia (como por ejemplo en los ensayos en los que se mofaba de la evolución) revelaba una ignorancia sólo superada por la fe de su fiel amigo Hilaire Belloc.

Sé también del antisemitismo de Chesterton, del que él era inconscientemente inconsciente. Reflejaba en ello la cultura de la Inglaterra de su época; el mismo tipo de antisemitismo se puede encontrar en los poemas de T.S. Eliot. Además, como cristianos ortodoxos, no había manera de que, tanto Chesterton como Eliot, pudieran escapar de antisemitismo inherente al propio cristianismo. Si uno cree que Dios preparó precisamente a los judíos, y a ningún otro grupo étni-

co, para poder entrar en la historia de la humanidad como Mesías y Salvador, no hay manera de librarse del hecho extraño de que, cuando apareció por fin el Mesías, no fuera aceptado por ese mismo pueblo que Dios había elegido tan cuidadosamente.

Tampoco tenéis que recordarme los embarazosos flirteos de Chesterton con el fascismo italiano. Después de entrevistar a Mussolini, GK se quedó tan impresionado (¡Mussolini le dijo cuánto le había gustado *El hombre que fue jueves!*) que tomó al dictador italiano por un católico auténtico, y escribió uno de sus peores libros, *La resurrección de Roma*, en el que alababa las grandes cosas que hacía Mussolini. GK dejaba bien claro que él prefería la tradición inglesa de libertad a la disciplina fascista, pero, preguntaba, ¿dónde está la libertad inglesa? Por lo menos —aducía—, en Italia hay menos hipocresía, porque Mussolini “hace abiertamente lo que los gobiernos democráticos e ilustrados hacen en secreto”.

Por lo que respecta a Wells, era incapaz de creer en un Dios que tuviera el amor y el poder necesarios para disponer que haya otra vida. Wells fue admirable por sus libros de divulgación científica, histórica y política, o que trataban de los derechos de la mujer y de nuestras costumbres sexuales cambiantes, o sobre la Conspiración Abierta. Fue un pionero de la “ciencia ficción”, con maravillosas visiones de mundos por venir, mejores o peores. Muchos de los libros de Wells y de Chesterton serán mercedamente olvidados pero creo que otros, no. No me avergüenza confesar cuánto me gustan ambos autores sin admitir que tengo unos cincuenta libros de cada uno (aproximadamente la mitad de sus producciones literarias respectivas). Soy suscriptor de la revista canadiense trimestral *The Chesterton Review*, y solía comprar un periódico inglés llamado *The Wellsian*. ¿Podéis comprender —muchos de mis amigos no pueden— que sea posible admirar a ambos autores a la vez y deleitarse con sus obras? Si es así, entenderéis cómo se pueden combinar una fe chestertoniana en un Dios personal con una admiración wellsiana por la ciencia, y, al mismo tiempo, no tenerles en cuenta aquellas cosas en que demostraron su ceguera.

En el pasado, cuando la ciencia estaba en sus comienzos, no era fácil seguir creyendo en Dios sin empaparte de lo que yo llamo las supersticiones de la voz y del dedo. La primera se refiere a la creencia de que Dios habla directamente a la humanidad, de un modo especial y único, por medio de ciertas personas elegidas que, en algunos casos, han escrito libros de inspiración divina. Los israelitas creían que Jehová les hablaba constantemente por medio de los profetas. Según los cristianos ortodoxos, Dios habló por los profetas judíos, por Jesús, y por los autores de ambos Testamentos bíblicos. Los musulmanes ortodoxos aceptan la mayor parte de todo esto y le añaden las Revelaciones posteriores de Mahoma.

Los católicos romanos, al aceptar la infalibilidad papal, creen que Dios sigue hablando directamente, con una precisión absoluta, por medio de la Iglesia. Los mormones —me refiero a los que no sólo lo son de nombre— no dudan de que Dios habló a la humanidad por medio de Joseph Smith y la curiosa Biblia que escribió. Los adventistas del Séptimo día conservadores no cuestionan la inspiración divina de su profeta Ellen Gould White. Los de la secta Moon no ponen en duda la nueva Revelación de Reverendo Sun Myung Moon. Los seguidores de Herbert Armstrong no dudan de que Dios escogió a Mr. Armstrong para radiar a todo el mundo la “verdad lisa y llana” del evangelio que, según Armstrong, la cristiandad de los últimos mil novecientos años ha olvidado. Los de Christian Science leen a Mary Baker Eddy, y los Scientologists, a L. Ron Hubbard, con una reverencia no muy distinta de como Herbert Armstrong, Billy Graham o Jimmy Carter leen sus Biblias.

No pretendo dar a entender que, para comprender ciertos aspectos de la religión, sea tan útil estudiar unas sectas peculiares y efímeras, dominadas por unos líderes paranoides, como las grandes religiones del pasado, con toda su rica acumulación de literatura, teología y apologética, escrita en su mayor parte por personas de grandes dotes intelectuales. Pero no caigáis en el provincianismo de pensar que Tomás de Aquino, Buenaventura y Duns Escoto eran más inteli-

gentes o estaban más cerca de la verdad de Dios que Maimónides, Averroes o Avicena, por citar algunos. No hay nada como un estudio comprensivo de religión comparada para que cualquier mente abierta se dé cuenta del poder de persuasión que tiene la superstición de la voz. Nadie que se hubiera tomado la molestia de seguir las historias del judaísmo y del Islam podría haber dicho lo que se atribuye a Warren Austin, nuestro embajador ante las Naciones Unidas: que árabes y judíos deberían sentarse a la mesa de negociación y resolver sus diferencias con “un verdadero espíritu cristiano”.

Como ya expliqué anteriormente, por superstición del dedo entiendo la idea de que, de vez en cuando, Dios mete sus manos en el universo para alterar la secuencia de las causas naturales y hacer un auténtico milagro. Ya he razonado que no hace falta creer en tales intervenciones para creer en la Providencia y en la oración. Sólo hace falta creer, por la fe y no por la razón, naturalmente, que todo es un milagro; que cada brizna de hierba es un milagro, como escribía Walt Whitman. “*Every hour of the light and dark is a miracle, every cubic inch of space is a miracle.*” (“Cada hora del día es un milagro, cada pulgada cúbica de espacio es un milagro”).

Un fe libre de la superstición del dedo no tiene nada que temer de la ciencia. La fe en Dios no implica que haya que creer que, en determinados momentos, un ángel bajaba del cielo a agitar el agua de la charca de Bezatá (como se cuenta en *Juan*, 5) de modo que el primero que entrara en el agua después de que esto ocurriera sanaría de su enfermedad. Para tener fe en Dios, no hace falta creer que Dios separó las aguas del Mar Rojo, o que mató a los sobrinos de Moisés de una llamarada por no haber preparado correctamente el incienso para el sacrificio. Se puede creer en Dios sin necesidad de creer que cuando uno toma la Comunión está comiendo la carne y bebiendo la sangre del hijo de un carpintero que murió crucificado hace dos mil años. ¿Os podéis imaginar lo que debe pensar un joven budista que oiga *esta* doctrina por primera vez?

Para quienes se han educado en una determinada tradición religiosa no hay nada más difícil que romper con los antiguos ritos y hábitos. Hay una fábula moral de H. L. Mencken sobre este tema que, en mi opinión, es una obra maestra. El argumento es como sigue.

Hacia finales del siglo pasado, había en Baltimore –según reza la fábula– un librepensador llamado Fred Ammermeyer que disfrutaba molestando a los evangelizadores locales. Malvendía copias de la Biblia en las que los episodios más comprometidos habían sido subrayados con un lápiz rojo indeleble. Varias veces al año enviaba copias del *Edad de la razón*, de Thomas Paine, a los pastores locales. Los paquetes, los enviaba como *entrega especial* o *urgente*. Pagaba además a agitadores para que discursaran en la calle, bombardeando a los transeúntes con diatribas contra la doctrina del infierno.

En aquellos tiempos, el Salvation Army [Ejército de Salvación] y otras misiones de la ciudad solían juntarse por Navidad para hacer una gran fiesta en favor de los parias de Baltimore, a los que, antes de comer, obligaban a escuchar sermones y a cantar himnos durante unas cuatro horas. Fred decidió atacarles en su propio terreno dando una “fiesta de Navidad para vagabundos que acabara con las fiestas de Navidad para vagabundos”. Alquiló el mayor local de los muelles y dispuso una abundante cantidad de comida, bebida y buenos cigarrillos. Y hasta alquiló una banda y una compañía de cómicos para que la fiesta fuera más animada. En ningún momento castigó a sus alegres invitados con sermones, oraciones o himnos.

La fiesta empezó a las once de la mañana del día de Navidad. A las diez de la noche, Fred subió al escenario para decir que convenía que los cómicos descansaran antes de seguir con la función de la noche, y que, si alguien quería mientras tanto subir al escenario y cantar algo, estaba invitado a hacerlo. Un cuarteto de voluntarios subió a cantar “Sweet Adeline”; luego, después de unas cuantas canciones más, para asombro de Fred, se pusieron a cantar “Are you Ready for the Judgement Day?”. Con lágrimas en los ojos y golpe-

ando rítmicamente la mesa con los vasos de cerveza, todos los asistentes se unieron a la canción. Cantaron luego himnos tan conmovedores como “Showers of Blessings”, “Throw Out the Lifeline”, “Where Shall We Spend eternity?” y “Wash Me, and I Shall Be Whiter Than Snow”.

Como la banda no sabía tocar ninguno de esos himnos, el acompañamiento fue disminuyendo hasta desaparecer por completo. Un vagabundo se levantó en medio del silencio y dijo con voz trémula de borracho:

Amigos, sólo quería hablaros de lo que esta buena gente ha hecho por mí, de cómo sus oraciones han salvado a un pecador que parecía irredimible. Amigos, yo tenía una buena madre que me educó en el Evangelio. Pero, cuando yo era joven, ella, que en gloria esté, fue llamada al cielo; mi pobre padre se tiró al ron y al opio, y a mí el diablo me puso en manos de hombres malvados –sí, y de mujeres malvadas también. ¡Oh, qué historia más vergonzosa la mía! Os escandalizaría aunque me guardara la mitad de las cosas. Me entregué a etc. etc. etc.

Atónito y sin habla, Fred se fugó a lo que Mencken llama, al acabar su historia, “el aire frío y cortante de las noches de invierno de Baltimore”.

Yo espero no ser tan ingenuo como Fred Ammermeyer. Si algún católico o protestante conservador lee mi libro y siente vacilar sus fundamentos religiosos, no sabría si alegrarme o afligirme. En cualquier caso, la intención de este libro no es hacer retemblar la fe de nadie, ni convertir a ningún ateo ni a ningún panteísta al teísmo de mi marca preferida. Como no creo en el infierno, no tengo ningún interés en convencer a nadie de nada.

¿Por qué *he* escrito, entonces, este libro? En parte, naturalmente, para clasificar y poner por escrito mis propias creencias, y así descubrir, mientras se acerca el fin de mis días, qué creo yo verdaderamente. Pero, sobre todo, pienso que lo he escrito para aquellos que, como

yo, no tienen Iglesia y, en cambio, siguen rezando y confiando en Dios, y esperando otra vida. Me da la impresión de que somos más numerosos de lo que nos parece, pero, como no vamos a la iglesia de los que no tienen iglesia, no tenemos manera de conocernos. En cierta época, la Iglesia Unitaria fue como un paraíso para nosotros, pero, ¡ay!, ahora la mayoría de los unitarios se han hecho humanistas y no tienen el menor interés en Dios, y, con demasiada frecuencia, ir a un oficio unitario es como asistir a una conferencia secular.

Hay Iglesias protestantes liberales cuyos pastores y fieles sostienen opiniones que no difieren en mucho de lo que defiendo aquí, pero – hablo sólo en nombre propio– sus cultos me disgustan porque son tan incapaces de romper con los ritos, himnos y lecturas tradicionales de las Escrituras como los parias de Mencken lo eran con respecto a sus reflejos evangélicos. El autoengaño se cierne sobre sus congregaciones como la niebla contaminada de Los Ángeles.

Hace muchos años me enteré de que había un pastor metodista “progresista” cuyo templo no caía lejos de donde yo vivía por aquel entonces, y asistí a uno de los cultos para ver si me interesaba adherirme a su Iglesia. (Yo había recibido una educación metodista en Tulsa.) Hubo un momento del culto en el que todo el mundo se puso en pie y recitó con solemnidad nada menos que el Credo de los Apóstoles. Me habría apostado lo que fuera a que más del ochenta por ciento de los presentes lo consideraba un puro disparate. Los jóvenes son particularmente sensibles a este tipo de hipocresías. Este es uno de los motivos por los que abandonan en tropel las Iglesias liberales para ir... a ninguna parte, a las religiones orientales, a los movimientos ocultistas, o a las iglesias evangélicas en las que pueden despacharse con canciones de músicas conmovedoras y letras que hablan de la cruz y de la sangre.

No tengo ganas de ir a un templo en que se me haga cantar unos himnos monótonos y disonantes, y profesar credos que no puedo creer. No quiero tomar la comunión, ni tan siquiera en un sentido

simbólico, si no creo que Cristo fue el hijo de Dios muerto por mis pecados. Y, por otra parte, tampoco tengo ganas de ir a la iglesia sólo para oír buena música y escuchar discursos que no tengan nada que ver con Dios o la otra vida.

Sí, nosotros los teístas filosóficos somos una raza fragmentada y solitaria. Somos teístas de incógnito. Podemos estar trabajando durante años junto a otra persona sin que ésta llegue a sospechar que creemos en Dios. Hasta puede que nuestros cónyuges, hijos o padres no lleguen a saber que somos creyentes. Cuando oramos, lo hacemos en secreto, como recomendaba el propio Jesús (¿lo recordáis? *Mateo* 6, 6).

No vayáis a pensar que el señor Smith ⁽⁴⁾ cree en Dios por el solo hecho de que va regularmente a la iglesia. Puede que se haya adherido a esa Iglesia por una serie de razones que nada tienen que ver con el hecho de que crea o no. Es más, hasta puede que su pastor sea panteísta o ateo (leed, al respecto, el gran relato de Unamuno, *San Manuel Bueno, Mártir*). ¿Y qué me decís de la señora Jones, a quien conocéis desde hace tantos años y de la que pensabais que era atea porque nunca iba a la iglesia? ¿Le habéis preguntado alguna vez en qué cree?

Me acuerdo de cuando, durante la Segunda Guerra Mundial, yo era marinero y trabé amistad con una WAVE ⁽⁵⁾ destinada en tierra. No sé cómo fue –acaso contestando a alguna pregunta– que acerté a decir que sí, que yo creía en Dios. ¡Ah! ¿así que era católico? (Como ella). No. Pues, ¿protestante? Tampoco. Pues no parece judío, me dijo. No, no soy judío. ¿Qué era yo, pues? Traté de explicárselo. No había oído hablar nunca de Platón, de Kant, de William James ni de Unamuno. A

⁽⁴⁾ En este párrafo, “Smith” y después “Jones” se citan como dos de los apellidos más corrientes en Estados Unidos (N. del T.)

⁽⁵⁾ Los WAVE eran un cuerpo de mujeres que prestaban un servicio militar voluntario en la Armada de los Estados Unidos durante la segunda guerra mundial. (N. del T.)

sus ojos me convertí de repente en un bicho raro. Que alguien pudiera creer en Dios sin pertenecer a ninguna de las Iglesias tradicionales era algo que iba más allá de su experiencia.

Nosotros los teístas de incógnito somos parientes próximos de otro grupo, al de los que yo llamo “ateos de nombre” y de cuyo número no sabría hacerme una idea. Se trata de personas que abandonaron la religión en su juventud y se hicieron ateos, y desde entonces no se han vuelto a plantear más la cuestión. Si les preguntáis si creen en Dios, automáticamente sonrían y sacuden la cabeza. Pero, en los momentos de mayor angustia, les pasa una cosa extraña. Se asombran porque, sin darse cuenta, se ponen a rezar. Secretamente, de un modo subliminal, sospechan y esperan que Dios exista y que haya de verdad otra vida. Sin embargo, es tan difícil hacerles aceptar que creen en Dios como lo es hacer que muchos cristianos que han perdido la fe acepten este hecho.

Uno de los motivos que me han movido a escribir este libro ha sido intentar que los teístas de incógnito se den cuenta de que no están solos. Quizá mis confesiones refuercen hasta cierto punto su fe, como ha ocurrido con la mía mientras lo hacía. Quizá lo haya escrito con la esperanza de que alguien que se crea ateo, sorprendido por la idea de que para tener fe en Dios no hace falta creer que Éste descendió a la tierra en carne humana, como una deidad pagana, levante la vista de mi libro y considere la posibilidad descabellada de que Dios pueda existir, al fin y al cabo.

Si sois aficionados a las religiones orientales, si os gusta sentaros en la posición del loto y meditar sobre un mantra, sobre *om* o sobre nada, me gustaría recomendaros una práctica más antigua. Intentad meditar sobre Dios, decirle algo, darle gracias por algo, pedirle perdón por algo. Intentad pedirle alguna cosa que deseéis, sin olvidar que Dios sabe mejor que vosotros si eso os conviene o no. ¿Qué perdéis con probarlo? Podríais descubrir que en el fondo de esas antiguas tradiciones religiosas, enterrado bajo la sangre y las tonterías, había

algo que les dio vitalidad, que sostuvo y sigue sosteniendo todavía la lealtad de millones de personas. Acaso podríais descubrir que, al fin y al cabo, tenéis algo en común con estos creyentes. En resumen, que quizá llegaríais a considerar la fantástica idea de que Dios es algo más que una patraña de viejas...

Me queda por decir algo acerca de lo que el futuro le deparará a la religión. En esto mi bola de cristal está turbia. Es muy posible que las grandes religiones se vayan debilitando hasta desaparecer. ¿Quién adora hoy en día a los dioses de Homero y de Virgilio? Al nacer el cristianismo, el Gran Pan se vino abajo. Pero, por otra parte, el Ahura Mazda de Zoroastro sigue vivo entre los parsis ricos de Bombay. Me atrevería a conjeturar que, a la larga, pero no en cuestión de siglos, el cristianismo expirará también —no me refiero a las doctrinas sencillas de Jesús sino a las que explicó Pablo y posteriormente elaboraron la Iglesia de Roma y los Reformistas. Actualmente, sus distintas ramas están creciendo y cambiando en modos difíciles de pronosticar. Parece como si el protestantismo liberal fuera hacia su autodisolución, del mismo modo que el judaísmo reformado y el hinduismo y el islamismo liberales evolucionan hacia convertirse en débiles imágenes de las doctrinas vigorosas que fueron en el pasado, a las que no se parecen más que en la terminología.

Evidentemente, la Iglesia católica cambia más lentamente, y espero que la cosecha actual de teólogos católicos radicales (como Hans Küng y Edward Schillebeeck) corran pronto la misma suerte que los modernistas que florecieron durante un corto período a comienzos de siglo. Hay, por otra parte, un resurgimiento de las posiciones conservadoras en el seno de la Iglesia católica, y lo mismo ocurre en los Estados Unidos con el protestantismo evangélico y fundamentalista (ino se les distingue fácilmente!), y en los países árabes con el islamismo conservador. Como se acerca el año dos mil, no me extrañaría que, exactamente como al final del primer milenio, en que hubo una gran alarma por la inminencia del Segundo Advenimiento, las sectas adventistas se pusieran histéricas y armaran mucho ruido...

... Permitidme que termine el libro como lo empecé, citando una línea del siempre oportuno Chesterton. Al fin y al cabo, comparto con Chesterton lo que él llamó la idea central de su vida, y, aunque lamentablemente que se hiciera católico tanto como lamento que Wells se hiciera ateo, me siento más próximo a GK que a HG.

A Chesterton le gustaban los colores; todos los colores. Sin embargo, en su ensayo "La gloria del gris", insiste en que éste es un color magnífico y en que su mayor grandeza estriba en que, sobre su fondo, todos los colores resultan inusitadamente bellos. Un cielo azul, en cambio, puede matar la viveza de unas flores azules. *"Por el contrario, en un día gris, la espuela del jinete parece un pedazo de cielo caído, las florecillas rojas son, en realidad, los ojos que el día ha perdido y el girasol es el virrey del sol"*.

Y Chesterton termina: *"Por último, el gris tiene esa cualidad que los hombres llamamos ser incoloro y que sugiere, de un modo u otro, el promedio, variado y turbulento, de la existencia, especialmente en el sentido de contienda, de esperanza y de promesa. El gris es un color que siempre parece estar a punto de cambiar para convertirse en otro; de hacerse más vivo y pasar a azul, de aclararse y pasar a blanco, o de estallar en verde y en dorado. Así nos puede recordar siempre esa esperanza indefinida que encierra toda duda; y, cuando el tiempo de nuestras montañas sea gris, o lo sean nuestros cabellos, acaso pueda seguir recordándonos la mañana."*